

VARIEDADES DE LA REPRESENTACIÓN EN LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA

ANDONI IBARRA Y THOMAS MORMANN (editores)

Barcelona: Ariel Practicum, 2000. 204 págs.

RE El libro compila 14 artículos en los que se trata de elucidar la naturaleza de la representación y su rol en el conocimiento. Sus autores son filósofos de las ciencias, la mayoría, y científicos otros, que actualmente desarrollan sus trabajos en diversas universidades de España o de México. En la “Presentación” del texto se expone, a modo de fundamento del origen de esta compilación, un interesante apunte acerca de la vida de esta idea. La idea de representación tuvo un lugar preeminente en la epistemología naciente en la filosofía moderna, para caer luego algo en el olvido filosófico. Solo alrededor de la década de 1960, a partir del “giro cognitivo”, como se lo ha denominado con una paráfrasis del giro lingüístico, se retornó con fuerza al tema de la representación para explicar el conocimiento científico y también el ordinario. Sin embargo, como siempre sucede cuando un concepto cobra preeminencia, su claridad de significado parece no ir a la par con el interés que despierta. Por ello, debido a su importancia hoy, y al uso que en diversas ciencias (sicología, matemáticas, inteligencia artificial, por ejemplo) está teniendo, se requiere una nueva reflexión acerca de su naturaleza conceptual, de sus alcances, de su puesto en el conocer, de su papel posible en las explicaciones epistemológicas actuales. Pero, tampoco hay que olvidar que filósofos como Rorty, por ejemplo, en la actualidad abjuraron de la idea de representación como acercamiento útil para el conocer, pues no creen que exista “algo allí fuera”, esperando para ser representado sin más. (cap. 4, p. 71, Thomas Mormann). Como, según Rorty, toda la teoría del conocimiento moderna, desde su origen en Locke y Kant, se basa en la idea de representación, entonces su crítica a la función representativa de los conocimientos se convierte en el proyecto de eliminar la epistemología del cuadro filosófico contemporáneo. Si bien esta compilación no debate con Rorty precisamente, los diversos argumentos que allí se desarrollan ayudan a afirmar que el filósofo de Nueva York se equivoca, al menos porque la idea de representación no necesariamente es tributaria de un realismo metafísico.

La primera parte, conformada por 6 capítulos, se aboca a rescatar el significado del término “representación” en la historia de la filosofía, desde Grecia. Y lo que el lector encontrará, entonces, es lo que, precisamente, anuncia el texto: la constatación (como ocurre por lo demás con cualquier concepto) de la gran complejidad

semántica, la gran variedad de maneras en que el término se lo ha entendido y utilizado.

La definición “mínima” de la que es bueno partir es la que se expone así: “Una teoría representacionista incorpora la asunción mínima de que conocemos algo A a través del análisis de otra cosa B, a la que por cualquier razón o bien podemos acceder más fácilmente o resulta más conveniente explorar” (p. 25, cap. 1, Andoni Ibarra). Pero, a partir de ello, podemos encontrar la diversidad (si no dispersión) de usos y sentidos del término. Dos de estos sentidos principales son los siguientes: a) se puede entender el representar al modo como lo hace un pintor que reproduce con detalle un objeto: allí encontramos que la pintura representa a lo pintado debido a su “ semejanza”. Pero, b), también se la puede entender al modo como un abogado representa a su cliente o como un diputado representa a sus electores (se espera). El autor de este capítulo defiende la idea de sustitución de la representación, puesto que la primera, la de semejanza, resulta muy estrecha. En efecto, parece haber muchos ámbitos científicos donde se haría difícil hablar de que hay una semejanza entre lo representado y el representante, como ocurre, por ejemplo, en la geometría analítica o en cualquier modelo de una realidad fáctica representada por un formalismo matemático.

Autores actuales, como R. Watson (1995) defienden sin embargo la idea de la semejanza como lo fundamental de toda representación. Sin embargo, ya Platón consideraba que las ciencias no conocen las “formas” mismas, sino su estructura inteligible, vicaria de la primera y no semejante a ellas. Estas dos posturas sirven como clasificación general. Veamos: para Santo Tomás hay un representar como espejo, que refleja al objeto; allí opera la semejanza; hay un representar como “vestigio”, como un signo que apunta a algo, como el humo, vestigio de un fuego, por ejemplo. Hobbes sostiene una idea no similarista; es más, la relación de representación de los poderes individuales en el soberano para salvar el estado de naturaleza (que es de guerra de todos contra todos), es solo convencional. Tampoco es relevante la semejanza para el funcionalismo, pues lo importante es que se cumpla una función determinada.

Locke y Kant aparecen como casos en los que se dan dos modos de entender la representación. (cap. 3, Ibarra y Urbarri). Para Locke, la representación se daría por correspondencia con la realidad, lo que significa por semejanza, por una isomorfía fundamental indicada con la metáfora del espejo. Me parece, en todo caso que, si bien esto es verdad en general, no da una idea demasiado ajustada del empirismo ni de Locke en particular. Hay que recordar que para Locke, al igual que para Hume, hay otra instancia de formación de las ideas que no se puede explicar especularmente: son las ideas complejas, por reflexión, que no son copias de nada sino que constituyen arquetipos para permitir la experiencia. Distinto es que para Locke la reflexión sea parte de la experiencia (como lo afirma Michael Ayers, *Locke*, 1991 y en *Locke, ideas y cosas*, Norma, 1998). Por el contrario, para los autores Kant elabora la idea del representar como conceptualizar, como una potencia de la actividad del sujeto trascendental, no como copia. En efecto, el sujeto no puede copiar el fenómeno; lo construye. Ni menos refleja el noúmeno. Por definición.

Que el representar sea en sí mismo conocimiento o no es una cuestión tan debatida como la misma naturaleza del representar. Los diversos autores del texto van mostrando las diversas posturas sobre esto. Santo Tomás advirtió que representar no es necesariamente conocer, sino que, más bien, es un requisito ineludible para el conocer. Sin embargo, postura contraria es la de Ockham, cuyo nominalismo lo lleva a pensar que no se requiere ninguna entidad abstracta, universal e intermedia, puesto que el representar ya es, como tal, conocer. En ese sentido, en gran medida Ockham adhiere al concepto sustitutivo de representación(cap. 1). Leibniz, por su parte, concibe que el conocer requiere absolutamente de la simbolización, que es la función máxima del representar (cap.2). Quizás con Kant se hace patente que no es lo mismo conceptualizar que conocer, entendiendo, aquí, el conceptualizar como representar. Recuerde el lector, acerca de todo esto, la crítica que Thomas Reid le hizo a Hume (*“Ensayo sobre los poderes intelectuales del hombre”*, 1786), sobre lo artificial de sostener la necesidad de postular una entidad conceptual intermedia entre el observador y lo observado. Sobre la base del sentido común, Reid pensaba que postular “ideas” o “representaciones”, en cuanto objetos distintos del “entendimiento”, las “impresiones” y las cosas representadas, conducía a una complejidad que ayudaba en muy poco a lo que, de ordinario, entendemos por conocer.

En toda la primera parte, en fin, se encontrará una discusión actualizada acerca de los dos problemas principales que hemos resaltado: la naturaleza de la representación y su relación con el conocimiento. En la segunda y tercera partes de esta compilación, que contiene los 7 restantes capítulos, se abandona la mirada histórica, y los artículos tratan precisamente sobre el segundo tema mencionado: cómo este concepto se lo encuentra en las formas actuales en que se entiende la ciencia hoy, tanto desde la filosofía de las ciencias como de la práctica científica misma.

El capítulo 7 (Ana Rosa Pérez) trata de la concepción semántica de las teorías. Pero quiero resaltar un aspecto que al lector seguramente le llamará la atención. Se trata del “realismo interno”, planteado por H. Putnam (puede verse, de Putnam, “Razón, verdad e historia”). Allí, objeto es siempre objeto construido; la verdad no es verdad como correspondencia. Claro, lo que rechaza Putnam es la representación por semejanza extrema, esto es, en forma de espejo. Pues bien, lo interesante para el tema del libro es que, asombrosamente, hay que concluir que: “...La representación es, a fin de cuentas, una relación entre representaciones de distinto nivel de teoriedad”. Hago notar esto porque, a mi juicio, se trata de la idea más sorprendente de representación de las que se han analizado. Sin embargo, no se trata de una singularidad; más bien, se trataría de un enfoque que debe ser común a toda epistemología no realista. La teoría económica (cap. 11, Juan García-Bermejo), en relación con esto mismo, presenta ciertos casos atractivos en que la representación, paradójicamente, no pareciera tener por fin simbolizar ninguna realidad. (La cuestión de la simulación computacional ofrece también la paradójica situación ontológica de que nunca está claro qué es lo que al final se representa). En efecto, García-Bermejo analiza cómo algunos modelos en teoría económica no se los hace para que representen una realidad; por el contrario, se los construye para distorsionarla con el fin de aislar un sistema y así poder entender ciertos factores que, en esa realidad, nunca se presentan aisladamente.

Representar no es conocer. Tal idea, comentada recientemente, puede ejemplificarse muy expresivamente en el caso de la teoría química (cap. 9, Enrique Sánchez y José Sánchez). Algunas empresas establecen catálogos de sustancias químicas en los cuales a cada una de ellas se le asocia un número natural. Sin embargo, no se puede hacer inducciones acerca de la capacidad reactiva de una de ellas sobre la base de su ubicación en el catálogo. Afirma el autor: “En este caso, un subconjunto finito de números naturales permite establecer una representación de la química que carece de estructura alguna. La función representativa se cumple, sin duda, pero semejante catálogo no se puede tomar como una teoría de la química, o en cualquier caso, debería tomarse como una teoría nula o vacía” (p. 138).

Que el conocer no sea representar simplemente, es una concepción cara al empirismo. Ya Locke afirma, como lo mencionamos al comienzo, que las ideas, esto es, las representaciones, no son los conocimientos, sino que los “ladrillos” con los cuales el entendimiento (*understanding*) construirá los conocimientos, intuitivos o demostrativos. El problema de la medición y la “metrización” (la teoría representacional de la medición), que en el capítulo. 12 estudia José Diez, sirve como otro ejemplo de la no cognitividad de la medición. Solo diré al respecto esto: la metrización determina: “...Las condiciones que debe satisfacer un sistema empírico para poder ser representado numéricamente” (p. 177). Cómo medir. Cómo asignar números a algo que no es numérico. Y eso, esa representación, es algo necesario para el paso final: el conocimiento.

El lector encontrará en los diversos artículos de este libro la variedad que promete su título. Hallará en él mucho más de lo que yo he puesto aquí, rasgo que lo hace un texto muy representativo de lo que pasa hoy en la filosofía de las ciencias, cual es la extraordinaria dispersión temática y metodológica, sin consensos a la vista, como sucediera por el contrario en las épocas originarias, en los comienzos del siglo pasado, cuando los análisis lógicos y el lenguaje unificaban toda la discusión.

ALEJANDRO RAMÍREZ FIGUEROA
Universidad de Chile